

# Recordando al “Caballero de la Pluma Blanca”

*Ivan A. Schulman*

**A**l principio, por la década del 60, era la palabra escrita, el diálogo epistolar dedicado principalmente al tema del modernismo hispanoamericano cuyo discurso crítico entraba entonces en un período de radical transformación, y a la cual Ángel Rama contribuyó en forma relevante. Después, hacia 1965, cobró cuerpo la imagen epistolar: se concretizaron su voz y su figura—su verbo intenso, deslumbrador, y sus ademanes nerviosos— en un restaurante al lado del Teatro Solís, de Montevideo. Así se inició un diálogo de amigos que se prolongó hasta el día funesto del accidente.

Recordar a Ángel, el transeúnte perpetuo, el exiliado contra su voluntad, es traer a la memoria, en rápida sucesión, vivencias fragmentarias en las cuales están presentes Marta Traba, su esposa (quien le llamaba el Caballero de la Pluma Blanca), y la mía, Evelyn Picon Garfield. Recuerdo en primer término el papel de catalista cultural que desempeñó (hasta que celos profesionales y criterios políticos lo condenaron, otra vez, a la vida errante) en Puerto Rico, donde, en compañía de Manuel Pedro González, lo visité con motivo de un encuentro martiano en la Universidad de Puerto Rico. Encuentros fugaces en su apartamento de San Juan, congresos de LASA (Asociación de Estudios Latinoamericanos), o reuniones menos pretenciosas en los Esta-

dos Unidos o en Caracas. Durante su estancia venezolana, período de febril actividad cultural y pedagógica, conversamos largo en su apartamento mientras Evelyn Picon Garfield entrevistó a Marta para su libro *Women's Voices from Latin America*. Recuerdo la operación en Houston, su deseo de trasladarse a los Estados Unidos hacia 1979 con el fin de tener acceso a materiales bibliográficos que requiera, y, después de varias tentativas frustradas, la oferta, por fin, de la Universidad de Maryland.

En los Estados Unidos empezó a echar raíces; contribuyó a enriquecer el diálogo académico del país; utilizó con provecho los fondos de las Bibliotecas que tenía a la mano para el proyecto de la historia cultural de América.

La historia, sin embargo, se repite; asedia; el sino político lo persiguió; le negaron la residencia per-

manente en los Estados Unidos. Y, no mucho después, vino la muerte por incendio en el avión. Con su muerte perdimos a un amigo y colega; perdimos a uno de los críticos más lúcidos y originales de años recientes, a un investigador que hubiera seguido produciendo obras tan importantes, si no más, como "El artista modernista en el mercado económico", *La ciudad letrada*, *Las máscaras democráticas del modernismo*, y dos trabajos martianos, uno sobre su modernidad (ensayo premiado por la Fundación Martiana), otro sobre las series dísticas de la poesía.

Lo recordamos en esta ocasión especial para las páginas de *Casa de las Américas*; pero, entre las brumas sombrías, las imágenes acongojadas unas veces y otras alegres que depara la memoria, lo tenemos presente para siempre.

